

EL SEMINARIO  
DE JACQUES LACAN  
LIBRO 5

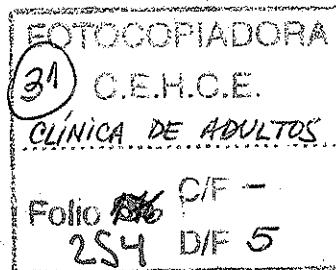
LAS FORMACIONES  
DEL INCONSCIENTE  
1957-1958

TEXTO ESTABLECIDO POR  
JACQUES-ALAIN MILLER

EDICIONES PAIDÓS  
BUENOS AIRES - BARCELONA  
MÉXICO

XXII

EL DESEO DEL OTRO



Tres artículos de Maurice Bouvet  
El grafo del deseo  
El tercer sueño de "agua mansa"  
Las ideas fijas del futuro obsesivo  
Los apoyos del deseo

Forderung: Demanda  
Begehren: Deseo  
Bedürfnis: Necesidad

Wunsch: Deseo del sueño

Nuestro itinerario, en el que el tema del falo desempeña un papel esencial, nos conduce a precisar más lo que se profiere en el análisis sobre la noción de objeto.

Hemos de centrar nuestra atención al mismo tiempo en la función efectiva que tiene la relación de objeto en la práctica analítica reciente, la forma en que se sirven de ella, los servicios que presta, y también en intentar una articulación más elaborada de lo que hemos precisado al hablar del falo.

En cuanto a la primera parte de este programa, podemos referirnos a un informe que con el tiempo ha adquirido un valor histórico, publicado en 1953 en la *Revue française de psychanalyse* con la firma de Maurice Bouvet, sobre "El yo en la neurosis obsesiva". En realidad, de lo que se trata es de la relación de objeto en el obsesivo, y sería quizás algo a explorar saber por qué el autor puso este título inadecuado, cuando no dice verdaderamente nada del yo en la neurosis obsesiva salvo que es débil, o que es

fuerte. A fin de cuentas, a este respecto, el autor se mantuvo en una actitud de prudencia que sólo se podría elogiar.

Les indico dos artículos anteriores del mismo autor. Uno, fechado en diciembre de 1948, se publicó en la misma revista con el título "Incidencias terapéuticas de la toma de conciencia de la envidia del pene en la neurosis obsesiva femenina". Es la frescura de este primer abordaje de la función del pene en la neurosis obsesiva lo que le da su valor al artículo. Permite apreciar que las cosas más bien se degradaron a continuación, pues esta experiencia todavía nueva aporta un reflejo interesante de la cuestión. El otro se publicó en el número de julio-septiembre de 1948, "Importancia del aspecto homosexual de la transferencia en cuatro casos de neurosis obsesiva masculina".

Hay tres cosas para leer, porque no hay tantos artículos escritos en francés sobre el tema. Esto indica bastante bien el nivel que han alcanzado aquí las cosas en relación con estos problemas. Por otra parte, leerlos no deja de dar, por fuerza, una impresión de conjunto que proporciona un fondo a lo que podemos llegar a hacer aquí, me parece, al abordar la articulación exacta de lo que está en juego, que permite situar el valor y el alcance de una terapéutica centrada de este modo. Cuando se ve esa relación de objeto articulada en cuadros sinópticos que permiten seguir la progresiva constitución del objeto, advertimos perfectamente que ahí hay, al menos en cierta medida, falsas ventanas. No creo que ni el objeto genital ni el objeto pregenital tengan allí ninguna otra importancia significativa, salvo la de rematar la belleza de los mencionados cuadros sinópticos.

Lo que constituye el valor de esta relación de objeto y es su eje, lo que ha introducido en la dialéctica analítica la noción de objeto, es ante todo lo que se llama el objeto parcial. El término está tomado del vocabulario de Abraham, de una forma que por otra parte no es del todo exacta, pues de lo que él habló fue de amor parcial del objeto, y este deslizamiento ya es en sí mismo significativo. Este objeto parcial, no es preciso mucho esfuerzo para identificarlo pura y simplemente con el falo del que nosotros hablamos, y del que podemos hablar con tanta más comodidad al haberle dado precisamente el peso que le corresponde, lo cual al mismo tiempo nos alivia de cualquier malestar cuando lo usamos como un objeto privilegiado. Sabemos por qué merece este privilegio — lo merece en calidad de significante. Si los autores han llegado a no hablar de él en absoluto, cuando se encuentra casi en todo el análisis, es debido a su extraordinaria incomodidad ante la concesión de tal privilegio a un órgano particular.

Si releen ustedes estos artículos, constatarán como un hecho sorprendente, de primer orden, presente en todas esas páginas, que el falo lo toman — no sólo el psicoanalista en cuestión sino todos aquellos que lo escuchaban — en el registro del fantasma. En la perspectiva del autor, la cura de la neurosis obsesiva gira enteramente alrededor de la incorporación o introyección imaginaria del falo que aparece en el diálogo analítico bajo la forma del falo atribuido al analista; al que se refieren todos los fantasmas.

Aquí habría dos fases. En la primera, los fantasmas de incorporación y de devoración de este falo fantasmático tendrían un carácter netamente agresivo, sádico, y al mismo tiempo dicho falo sería percibido como horrible y peligroso. Estos fantasmas tendrían un valor revelador de la posición del sujeto respecto al objeto constituyente del estadio, en este caso cierta segunda fase del estadio sádico-anal, marcado por tendencias fundamentales a la destrucción del objeto. De ahí se pasaría a una segunda fase, en la cual se empezaría a respetar la autonomía del objeto al menos bajo una forma parcial.

Toda la dialéctica del momento — momento subjetivo, diríamos nosotros aquí — en la que se sitúa el neurótico obsesivo dependería del mantenimiento de una determinada forma del objeto parcial. Alrededor de esta última se podría instituir un mundo que no estuviera enteramente condenado a una profunda destrucción debido al estadio inmediatamente subyacente al equilibrio precario alcanzado por el sujeto. Nos presentan al obsesivo, en efecto, como siempre dispuesto a precipitarse a una destrucción del mundo, porque además, en la perspectiva en la que se expresa el autor, se piensa en términos de relación del sujeto con su entorno. Mediante el mantenimiento del objeto parcial — mantenimiento que requiere todo un tinglado, precisamente lo que constituye la neurosis obsesiva — evitaría precipitarse en una psicosis siempre amenazante. Esto es considerado por el autor, sin la menor duda, como la base misma del problema.

Con todo, por fuerza se ha objetar que, cualesquiera que sean los síntomas parapsicóticos del obsesivo — por ejemplo despersonalización, trastornos del yo, sentimiento de extrañeza, oscurecimiento del mundo, sentimientos todos ellos que afectan al color, tal vez incluso a la estructura del yo —, los casos de transición entre la obsesión y la psicosis, aunque siempre han existido, siempre han sido muy infrecuentes. Los autores se percataron hace mucho tiempo de que, por el contrario, había una especie de incompatibilidad entre ambas afecciones. Cuando se trata de una verdadera neurosis obsesiva, se corre el riesgo en un psicoanálisis de no curar al sujeto, pero verlo precipitarse en la psicosis es un riesgo que parece extraordinariamente fantasmático, porque ciertamente es el más remoto. Que el

obsesivo, durante un análisis, incluso a continuación de una intervención terapéutica lamentable, aun salvaje, se precipite en la psicosis es muy, muy, muy raro. Personalmente, no lo he visto nunca en mi práctica, gracias a Dios. Tampoco he tenido nunca la impresión de que fuera un riesgo que corriera con tales pacientes.

Una apreciación como ésta ha de traicionar algo más que una simple falta de discernimiento en la experiencia clínica. Al parecer la preocupación por asegurar la coherencia de su teoría lleva al autor más lejos de lo que él quiere. Muy probablemente hay también, sin duda, algo que va todavía más lejos y que obedece a determinada posición del propio autor frente al obsesivo. Aquí no se trata de hablar de la contratransferencia de una persona particular sino de la contratransferencia en el sentido más general, en el que puede considerarse constituida por lo que a menudo llamo los prejuicios del analista, dicho de otra manera, el fondo de las cosas dichas o no dichas sobre las que se articula su discurso.

Esta práctica se ve, pues, llevada, en la terapéutica particular de la neurosis obsesiva, a tomar como eje el fantasma de incorporación imaginaria del falo, el falo del analista. No se ve bien en qué momento, ni por qué, se produce el vuelco, salvo por lo que puede suponerse que es cierto efecto de desgaste. A decir verdad, tiene algo de misterioso. Hay un momento, nos dicen, en que, debido a un *working through*, a una insistencia del tratamiento, la incorporación del fantasma fálico se le manifiesta al sujeto con un valor completamente distinto. Lo que parece haber sido en los fantasmas la incorporación de un objeto peligroso y en cierto modo rechazado cambia de pronto de carácter, suscita una aceptación, se convierte en un objeto acogido, un objeto fuente de potencia — *fuerza*, la palabra está ahí, no soy yo quien ha producido esta metáfora.

Esta introyección convertida, dicen, en conservadora, *no tiene rasgos en común con la comunión religiosa, en la que se traga sin masticar*, añaden para comentar el *sentimiento de felicidad* que proporcionaría este fantasma, y *no supondría ninguna destrucción parecida en este punto a las fantasías de succión melancólicas de Abraham*.

Estos elementos no han sido elegidos de forma tendenciosa. Ciertamente, tenemos la sensación de que en un análisis dirigido de esta forma ocurre algo así como una especie de ascesis que opera principalmente sobre los fantasmas — sin duda mediante una dosificación, barreras, un freno, etapas, con todas las precauciones que implica la técnica — y que le permite al sujeto de la neurosis obsesiva entrar en nuevas relaciones con el objeto. No queda tan claro lo que con ello se pretende, que el autor llama

la distancia tomada respecto del objeto. Si he entendido bien, se trata de permitirle al sujeto acercarse más al objeto, pasar por una fase en la que esta distancia queda anulada para, a continuación, sin duda — al menos así hay que esperarlo —, reconquistarla. Un objeto que sucesivamente ha concentrado sobre sí todos los poderes del miedo y del peligro se convierte luego en el símbolo mediante el cual se establece una relación libidinal considerada más normal y calificada de genital.

En nuestra perspectiva, permanecemos quizás un poco más severos que el autor que se congratula de haber alcanzado el objetivo porque obtuvo de una enferma, al cabo de cierto número de meses de tratamiento, la siguiente declaración — *He tenido una experiencia extraordinaria, la de poder gozar de la felicidad de mi marido, me ha conmovido muchísimo constatar su alegría y su placer me ha proporcionado placer*.

Les ruego que ponderen estas palabras. Ciertamente, no carecen de valor. Describen muy bien una experiencia que no implica que se haya suprimido la anterior frigididad de esta paciente. La extraordinaria experiencia de poder gozar de la felicidad del marido es algo que se observa con frecuencia, pero no significa en absoluto que la enferma haya alcanzado el orgasmo. La enferma sigue siendo, nos dicen, semifrígida. Por eso sorprende un poco que el autor añada inmediatamente después — *¿No es ésta la mejor descripción de relaciones genitales adultas?*

La noción de relaciones genitales adultas es evidentemente lo que le da a toda esta perspectiva su carácter de construcción de falsas ventanas. La relación genital adulta — no se ve muy bien qué quiere decir eso cuando se examina detenidamente.

Cuando el autor trata de explicarse al respecto, no parece que encuentre la simplicidad ni la unidad que ello parece implicar — *En cuanto a la afirmación de la coherencia del Yo, no sólo está relacionada con la desaparición de la sintomatología obsesiva y los fenómenos de despersonalización, sino que se traduce en el acceso a un sentimiento de libertad en la unidad que es una experiencia nueva para estos sujetos*. Estos planteamientos optimistas tampoco se corresponden demasiado con nuestra experiencia de lo que representan realmente progreso y curación en la neurosis obsesiva.

Vemos ahí ciertamente a qué especie de montaña, de muralla, de concepción estereotipada nos enfrentamos cuando se trata de apreciar qué es una estructura obsesiva, cómo es vivida y cómo evoluciona. Aquí tratamos de articular las cosas en un registro muy distinto. No creemos ser más complicado que otros, y si llegan ustedes a familiarizarse con las medidas que

aquí ponemos en juego, contándolas verán que, al fin y al cabo, todo eso no supone muchas más cosas, simplemente está articulado de otra forma, menos unilineal.

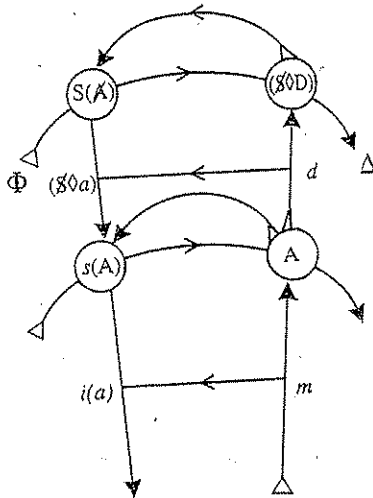
Ya sé que el deseo de tener un cuadro sinóptico que corresponda o que se oponga al de la Sra. Ruth Mack-Brunswick está en lo más hondo del corazón de bastantes de los oyentes. Tal vez lo consigamos un día, pero antes quizá convendría ir paso a paso y empezar criticando la noción del falo como objeto parcial, cuyo empleo actual, que supone claros peligros, hemos de poner en su sitio.

Este sitio es el que trataremos de articular con este pequeño esquema.

2

Podríamos cubrir todo el esquema de signos y de ecuaciones, pero no quiero darles una impresión artificiosa, aunque he tratado de reducir las cosas a su necesidad esencial.

Ya hemos situado aquí la A mayúscula del Otro, donde se encuentra el código y que acoge la demanda. El significado del Otro se produce en el paso desde A hasta el punto donde se encuentra el mensaje. Después, la



necesidad esbozada aquí se encuentra ahí transformada, y adquiere distintas cualidades en los distintos niveles. Si consideramos esta línea como la de la realización del sujeto, al final se traduce en algo siempre más o menos relacionado con una identificación, es decir, con la remodelación; la transformación también, el paso, a fin de cuentas, de la necesidad del sujeto por los desfiladeros de la demanda.

Ahora bien, sabemos que con esto no basta para constituir un sujeto satisfactorio, un sujeto que se sostenga en la cantidad de puntos de apoyo que necesita, digamos cuatro. Por eso hay un campo más allá de la demanda.

En él se articula primero lo que ya hemos tratado de definir calificándolo de significativo del deseo, en su lugar topológico, y que les he presentado formalmente así —  $\Phi$ . Hay en efecto una necesidad, vinculada con esta topología, de que sea en el campo del más allá de la demanda donde se sitúe el deseo sexual, quedando sometido al mismo tiempo a la articulación característica de este más allá.

Aquí hay coincidencia entre la línea donde se inscribe la pulsión, la tendencia propiamente dicha, y el lugar asignado a la  $\Phi$  mayúscula en el más allá de la demanda — debido a la necesidad estructural de que algo se superponga al conjunto de los significantes para hacer de él un significado, es decir, lo que habitualmente ponemos debajo de la barra de nuestra articulación  $S$  mayúscula sobre  $s$  minúscula. Aquí, en primer lugar, el significado es un *a significar*.



El falo es aquel significante particular que, en el cuerpo de los significantes, está especializado en designar el conjunto de los efectos del significante, en cuanto tales, sobre el significado. Esto es ir lejos, pero no hay forma de ir menos lejos para darle su significación al falo. Ocupa aquí un lugar privilegiado en aquello significante que va a producirse en el más allá del deseo, o sea, todo el campo que se sitúa más allá del campo de la demanda.

En la medida en que este más allá del deseo está simbolizado, existe la posibilidad — es una simple articulación del sentido de lo que decimos —

de que haya aquí una relación del sujeto con la demanda en cuanto tal ( $\$ \diamond D$ ). Es bastante evidente que tal relación supone que el sujeto no se encuentre completamente incluido en ella hasta el momento en que este más allá se constituya, si acaso, por hipótesis, se constituye articulándose gracias al significante falo.

En el más acá, que es el campo de la demanda, el puro y simple Otro dicta toda la ley de la constitución del sujeto, aunque sólo fuese tomándolo, simplemente, en el plano de la existencia de su cuerpo, por el hecho de que su madre es un ser hablante. El hecho de que ésta es un ser hablante es absolutamente esencial, con independencia de lo que piense Spitz. No sólo hay frotectitos, masajes con agua de colonia, para constituir una relación con la madre, es preciso que la madre le hable, todo el mundo lo sabe. No sólo que le hable, sin duda, pero una nodriza muda no dejaría de tener algunas consecuencias bastante visibles en el desarrollo del niño de pecho.

Más allá de este Otro, si del significante se constituye algo llamado el más allá del deseo, tenemos pues la posibilidad de la relación ( $\$ \diamond D$ ).  $\$$  es el sujeto propiamente dicho, un sujeto menos completo, tachado. Esto quiere decir que un sujeto humano completo nunca es un puro y simple sujeto del conocimiento, como toda la filosofía lo construye, que corresponda perfectamente al *percipiens* de ese *perceptum* que es el mundo. Nosotros sabemos que no hay sujeto humano que sea puro sujeto del conocimiento, salvo que lo reduzcamos a una célula fotoeléctrica o a un ojo, o bien a lo que llaman en filosofía una conciencia. Pero como nosotros somos analistas, sabemos que siempre hay una *Spaltung*, es decir, siempre hay dos líneas en las que el sujeto se constituye. De ahí nacen, por otra parte, todos los problemas de estructura que nos son propios.

Aquí, arriba a la izquierda, ¿qué es lo que ha de constituirse? Es precisamente lo que he llamado, no ya el significado de A,  $s(A)$ , sino el significante de A,  $S(A)$ , en tanto que, esta *Spaltung*, la conoce, está él mismo estructurado por ella, ya ha experimentado sus efectos. Esto significa que ya está marcado por aquel efecto de significante que es significado por el significante falo. Es, pues, A en la medida en que, en él, el falo está tachado, elevado al estado de significante. Este Otro en cuanto castrado se presenta aquí en el lugar del mensaje. Los términos están invertidos con respecto al mensaje del piso inferior. El mensaje de deseo es esto.

Ello no significa, sin embargo, que este mensaje sea fácil de recibir, debido precisamente a la dificultad de articulación del deseo por la cual hay

un inconsciente. Dicho de otra manera, de hecho, lo que aquí se presenta en el nivel superior del esquema nos lo hemos de imaginar ordinariamente en el nivel inferior, no articulado en la conciencia del sujeto aunque perfectamente articulado en su inconsciente. Si es, incluso, es porque está articulado en su inconsciente. Ésta es la pregunta que planteamos aquí — es articulable en la conciencia del sujeto, pero hasta cierto punto, y se trata de saber cuál.

¿Qué nos muestra la histérica de la que hablamos la última vez? La histérica, desde luego, no está psicoanalizada, de lo contrario, por hipótesis, ya no sería histérica. La histérica, dijimos, sitúa este más allá bajo la forma de un deseo en cuanto deseo del Otro. Luego les justificaré esto un poco más, pero ya les digo — porque es preciso, si se trata de articular algo, empezar comentándolo — que las cosas son así.

En el primer bucle, el sujeto, mediante la manifestación de la necesidad, de su tensión, franquea la primera línea significativa de la demanda, y podemos poner aquí, para topologizar las cosas, la relación del yo (*moi*) con la imagen del otro, el otro imaginario. Igualmente, en el segundo bucle, la *d* minúscula del deseo — que, en el Otro en cuanto Otro con mayúscula, le permite al sujeto abordar ese más allá a significar que es el campo que estamos explorando, el de su deseo — ocupa el lugar correspondiente al de *m* minúscula, lo cual expresa simplemente esto; que allí donde el sujeto ha tratado de articular su deseo es donde se encontrará con el deseo del Otro.

Desde hace tiempo se lo he articulado a ustedes en otros términos, pero también con esta fórmula — el deseo en cuestión, en particular el deseo en su función inconsciente, es el deseo del Otro. Fórmula basada en la experiencia y verificada cuando hablamos la última vez de la histérica a propósito de los sueños.

Retomemos ese hilo.

No son sueños escogidos, de la misma forma que no les doy textos de Freud escogidos.

Si se ponen ustedes a leer a Freud, como parece que empieza a ocurrir, por mucho que insistiera en que lo leyeran del todo no insistiría demasia-

do, de lo contrario corren el riesgo de tropezar con pasajes que aunque tal vez no estén escogidos no dejarán de ser fuente de toda clase de errores, incluso de falsos reconocimientos. Han de ver ustedes en qué lugar se sitúa determinado texto en, yo no diría el desarrollo de un pensamiento — aunque esto sea lo que conviene decir, pero desde que se habla de pensamiento, el término está tan trillado que nunca se sabe muy bien de qué se habla —, el desarrollo de una investigación, el esfuerzo de alguien que tiene, él sí, alguna idea de su campo magnético, por decirlo así, y sólo puede alcanzarlo a través de cierto rodeo. Es por el conjunto del camino recorrido como hay que juzgar cada uno de sus rodeos.

Así, no he elegido de cualquier manera los dos sueños de la última vez, de la histérica. Ya les expliqué cómo los había tomado. Tomé el primer sueño porque lo encontré después de otros sueños que no había tomado de entrada por razones que les expliqué. Ya hablaré de ellos. El sueño de la monografía botánica puede ayudarnos a entender lo que se trata de demostrar, pero como es un sueño de Freud convendrá explicarlo más adelante.

Primero prosigo con la articulación del sueño de la histérica.

La histérica nos ha mostrado que encuentra en el deseo del Otro lo que se puede llamar su punto de apoyo — no es un término cuyo uso me esté reservado, y si leen a Glover sobre la neurosis obsesiva verán que emplea exactamente el mismo término para decir que cuando se les quitan sus obsesiones a los neuróticos obsesivos, les falta un punto de apoyo. Como ven ustedes, el uso que hago aquí de los términos lo comparto con el resto de autores — todos tratamos de metaforizar nuestra experiencia, nuestras impresiones. La histérica toma, pues, su punto de apoyo, hemos dicho, en un deseo que es el deseo del Otro. Esta creación de un deseo más allá de la demanda es esencial, y ya lo hemos articulado, creo, suficientemente.

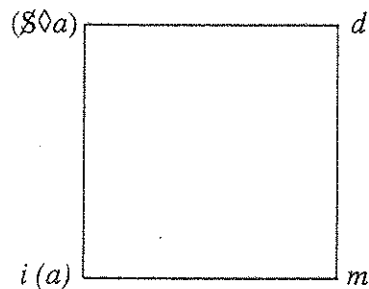
Puede mencionarse aquí un tercer sueño que no tuve tiempo de abordar la última vez, pero que puedo leerles perfectamente ahora — *Ella pone una vela en el candelero; la vela está rota, de modo que no se sostiene. Las niñas de la escuela dicen que es torpe; pero la maestra responde que no es culpa suya.*

He aquí cómo comenta Freud el sueño — *La ocasión era real; efectivamente, ayer había puesto una vela en el candelero; pero no estaba rota. Esto es simbólico, en verdad se sabe qué significa la vela — si no se sostiene bien, indica la impotencia del hombre. Y Freud destaca el *No es culpa suya, Es sie nicht ihre Schuld.**

*Pero ¿cómo puede esta joven, cuidadosamente educada, alejada de todas las cosas feas, conocer este empleo de la vela?* Entonces nos enteramos de que con ocasión de un paseo en canoa ha escuchado una canción de estudiantes muy inconveniente, sobre el uso que hacía la reina de Suecia, con los postigos cerrados, de las velas de Apolo. Ella no había entendido la última palabra. Su marido se lo explicó, por supuesto, los postigos cerrados, Apolo, y entonces todo se entiende y se divierten como corresponde.

Vemos aparecer aquí en estado de desnudez, por así decirlo, y aislado, en estado de objeto parcial, si no volante, el significante falo. Aunque no sepamos de qué momento del análisis de la enferma — porque sin duda está en análisis — se ha extraído este sueño, el punto importante está evidentemente en el *No es culpa suya*. Se trata de que se sitúa en el nivel de los otros, ocurre delante de todos los otros, y si todas las compañeras de colegio dejan de burlarse es en función de la maestra. Aquí se evoca el símbolo del Otro, lo cual coincide con y confirma — a eso voy — lo que ya estaba presente en el sueño llamado de la bella carnífera, o sea, que en la histeria, en suma una forma de constitución del sujeto que concierne precisamente a su deseo sexual, se debe destacar no sólo la dimensión del deseo en cuanto opuesta a la de la demanda, sino sobre todo el deseo del Otro, la posición, el lugar del deseo del Otro.

Les recordé cómo vive Dora hasta el momento en que se descompensa su posición histérica. Está muy a gusto, con la excepción de algunos pequeños síntomas, pero que son precisamente los que la constituyen como histérica y se leen en la *Spaltung* de estas dos líneas. Volveremos a hablar de la sobredeterminación del síntoma, vinculada con la existencia de estas dos líneas significantes. Lo que mostramos el otro día es que Dora subsiste como sujeto en la medida en que demanda amor, como toda buena histérica, pero también en la medida en que sostiene el deseo del Otro en cuanto tal — ella es quien lo sostiene, ella es su apoyo. Todo va muy bien, se desarrolla de la mejor manera del mundo, y sin que nadie se meta. Decir que sostiene el deseo del Otro es la expresión más adecuada para el estilo de su posición y de su acción en relación con su padre y la Sra. K. Como se lo indiqué, si toda la pequeña construcción es posible es porque resulta que ella se identifica con el Sr. K. Frente al deseo, sostiene en este lugar cierta relación con el otro, en este caso imaginario, indicada por ( $\$ \diamond a$ ).



Aquí se dibuja un pequeño cuadrado cuyos cuatro vértices representan el yo, la imagen del otro, la relación del sujeto, en este caso constituido, con el otro imaginario, y el deseo. Son los cuatro pies en los que normalmente se puede sostener un sujeto humano, constituido en cuanto tal, es decir que no está ni más ni menos enterado del uso de sus vísceras que del mecanismo que tira de las cuerdas de la marioneta del otro en la que se ve, es decir, con la que es capaz, o casi, de situarse.

El sujeto histérico está aquí, frente al deseo del Otro, y, como lo mostré la última vez, las cosas no van más allá, porque a fin de cuentas se puede decir que, en el histérico, la línea de retorno de  $(S \diamond a)$  hacia  $i(a)$  está más desdibujada. Por esta razón, por otra parte, la histérica tiene ciertamente toda clase de dificultades con su imaginario, representado aquí por la imagen del otro, donde puede ver que se producen efectos de despedazamiento, diversas desintegraciones que son lo que le sirve en su síntoma.

Así es en el histérico. ¿Cómo articular ahora lo que ocurre en una estructura obsesiva?

Por el contrario, la neurosis obsesiva es más complicada que la neurosis histérica, pero no mucho más. Si se consigue centrar las cosas en lo esencial, es posible articularla, pero si no se hace, como ocurre seguramente en el autor del que acabo de hablarles, Bouvet, se pierde uno y nada literalmente entre lo sádico, lo anal, el objeto parcial, la incorporación, la distancia respecto al objeto. Ya no sabe uno literalmente a qué santo encomendarse. Es demasiado diverso clínicamente, como lo muestra el autor en sus observaciones — que apenas parece posible reunir en una misma rúbrica clínica — bajo los nombres de Pedro y de Pablo, aparte de los de Mónica y Juana. En el material clínico del informe sobre *el Yo*, sólo están Pedro y Pablo. Ahora bien, manifiestamente, Pedro y Pablo son sujetos completamente distintos desde el punto de vista de la textura del objeto. Apenas se los puede poner en la misma rúbrica — lo cual en sí no es una

objección, porque por ahora tampoco estamos en condiciones de articular otras rúbricas nosológicas como éstas.

Es muy chocante ver que, con el tiempo que hace que practicamos la neurosis obsesiva, somos incapaces de enumerarla como manifiestamente nos lo impondría la clínica, en vista de la diversidad de los aspectos que nos presenta. En Platón, recuerda uno el trayecto adecuado del cuchillo del buen cocinero, el que sabe cortar entre las articulaciones. En el estado actual de las cosas, nadie, y particularmente de entre quienes se han ocupado de la neurosis obsesiva, es capaz de articularlo de forma conveniente. Sin duda esto es índice de alguna carencia teórica.

Seguiremos desde el punto donde nos encontramos.

¿Qué hace el obsesivo para consistir en cuanto sujeto? Es como el histérico, nos lo podemos figurar. Con anterioridad a toda elaboración sería, o sea, antes de Freud, un Janet pudo hacer un trabajo muy curioso de superposición geométrica, de correspondencia punto por punto de imágenes, como se dice en geometría, de transformación de figuras, en el que el obsesivo es concebido, por así decirlo, como un histérico transformado. El obsesivo también está orientado hacia el deseo. Si no se tratara, en todo y ante todo, del deseo, no habría homogeneidad en las neurosis.

Pero, en fin, en su última articulación, ¿qué nos dice Freud? ¿Cuál es su última palabra sobre la neurosis obsesiva que nos transmite la teoría clásica?

Freud dijo muchas cosas a lo largo de su carrera. En primer lugar advirtió que lo que podemos llamar el trauma primitivo del obsesivo se opone al trauma primitivo del histérico. En el histérico es una seducción súbita, una intrusión, una irrupción de lo sexual en la vida del sujeto. En el obsesivo, hasta donde el trauma psíquico soporta la crítica de la reconstrucción, el sujeto ha tenido por el contrario un papel activo con el que ha obtenido placer.

Éste era el primer enfoque. Luego está todo el desarrollo del *Hombre de las Ratas*, a saber, la aparición de la extremada complejidad de sus relaciones afectivas, y especialmente el énfasis que se pone en la ambivalencia afectiva, la oposición activo-pasivo, masculino-femenino, y, lo más importante de todo, el antagonismo odio-amor. Por otra parte, hay que releer el *Hombre de las Ratas* como la Biblia. El caso está repleto de todo lo que todavía queda por decir sobre la neurosis obsesiva, es un tema de trabajo.

¿A qué llegó Freud finalmente, como última fórmula metapsicológica? Las experiencias clínicas y la elaboración metapsicológica sacaron a la luz

las tendencias agresivas, y éstas le llevaron a establecer aquella distinción entre instintos de vida e instintos de muerte que no ha dejado de atormentar a los analistas. Según Freud, en el obsesivo ha habido defusión de las intrincaciones precoces de los instintos de vida y los instintos de muerte. La separación de las tendencias a la destrucción se ha producido en él en un estadio demasiado precoz como para no haber marcado toda la continuación de su desarrollo, su instalación en su subjetividad particular.

¿Cómo va a insertarse esto en la dialéctica que yo les expongo? De una forma mucho más inmediata, concreta, sensible. Estos términos de demanda y de deseo, si empiezan ustedes a encontrar su lógica en su cerebro, les descubrirán un uso cotidiano, al menos en su práctica analítica. Podrán convertirlo en algo usual, antes de que se gaste, pero siempre se encontrarán preguntándose si se trata del deseo y de la demanda, o del deseo o de la demanda.

¿Qué quiere decir lo que acabamos de recordar sobre los instintos de destrucción? Estos se manifiestan en la experiencia, que de entrada hay que tomar en el plano vulgar, común, de lo que conocemos de los obsesivos — ni siquiera de los que analizamos sino de aquellos a quienes, simplemente a modo de psicólogos avisados, vemos vivir y somos capaces de medir las incidencias de la neurosis en su comportamiento. No hay duda de que el obsesivo tiende a destruir su objeto. Se trata simplemente de no conformarse con lo que es casi una verdad de experiencia, y ver más detenidamente qué es la actividad destructiva del obsesivo.

Esto es lo que les propongo.

Como la experiencia lo pone perfectamente de manifiesto, la histérica vive enteramente en el nivel del Otro. El énfasis, en su caso, es estar en el plano del Otro, y por eso necesita un deseo del Otro, pues de lo contrario el Otro, ¿qué sería sino la ley? El centro de gravedad del movimiento constitutivo de la histérica está en primer lugar en el Otro. De la misma forma, por razones que no son imposibles de articular, que son, en suma, idénticas a lo que dice Freud cuando habla de la precoz defusión de los instintos, lo constitutivo del obsesivo es que apunta al deseo en cuanto tal, al más allá de la demanda. Pero con una diferencia patente con respecto a la histérica.

Quisiera que tuvieran ustedes alguna experiencia de lo que es un niño que va a convertirse en un obsesivo. Creo que no hay jóvenes sujetos en quienes sea más sensible lo que traté de articularles la última vez cuando les representaba que, en este margen de la necesidad, de alcance por fuerza limitado — como se habla de una sociedad de responsabilidad limitada,

porque la necesidad siempre tiene un alcance limitado —, en este margen, pues, entre la necesidad y el carácter incondicionado de la demanda de amor, se sitúa lo que llamé el deseo. ¿Cómo lo definí, este deseo, en cuanto tal? Como algo que, precisamente porque ha de situarse en este más allá, niega el elemento de alteridad incluido en la demanda de amor.

Pero para conservar el carácter incondicionado de esta demanda transformándolo en condición absoluta del deseo, en el deseo en estado puro, el Otro es negado. Por el hecho de que el sujeto ha tenido que conocer, franquear lo incondicionado de la demanda de amor, que tiene un carácter límite, resulta que este carácter permanece y es transferido a la necesidad.

El niño que se convertirá en un obsesivo es aquel niño de quien los padres dicen — convergencia de la lengua usual con la lengua de los psicólogos — *que tiene ideas fijas*. No tiene ideas más extraordinarias que cualquier otro niño si nos fijamos en el material de su demanda. Pedirá una cajita. En verdad, una cajita no es gran cosa, y en muchos niños nadie se fijará en absoluto en esta demanda de la cajita, salvo los psicoanalistas, por supuesto, que verán en ello toda clase de sutiles alusiones. Ciertamente, no se equivocan, pero considero más importante ver que hay algunos niños, de entre todos los niños, que piden cajitas y cuyos padres encuentran que esta exigencia de la cajita es propiamente intolerable — y es intolerable.

Sería una equivocación creer que bastaría con mandar a esos padres a la escuela de padres para que se pongan al día, porque, contra lo que se suele decir, los padres tienen algo que ver en ello. Si se es obsesivo, no es sin motivo. Se necesita un modelo en alguna parte. De acuerdo, pero tal como se recibe, el aspecto de *idea fija* que acusan los padres es completamente discernible y siempre es inmediatamente discernido, incluso por personas que no forman parte de la pareja parental.

En esta exigencia tan particular que se manifiesta en cómo pide el niño una cajita, lo que es intolerable para el Otro y la gente llama de forma aproximada la idea fija, es que no es una demanda como las otras sino que presenta un carácter de condición absoluta, el mismo que les he designado como propio del deseo. Por razones que, como ven, se corresponden con lo que llaman en este caso pulsiones fuertes, el énfasis recae, en el sujeto, en lo que será el elemento de la primera fundación de este trípode — luego, para sostenerse, deberá tener cuatro patas —, a saber, en el deseo. Y no sólo en el deseo sino en el deseo en cuanto tal, es decir, en tanto que en su constitución supone la destrucción del Otro. El deseo es forma absoluta de



la necesidad, de la necesidad elevada al estado de condición absoluta, en la medida en que está más allá de la exigencia incondicionada del amor; y a veces puede ponerla a prueba.

De por sí, el deseo niega al Otro en cuanto tal, y esto es ciertamente lo que lo hace tan intolerable, como el deseo de la cajita en el niño.

Presten mucha atención, porque no estoy diciendo lo mismo cuando digo que el deseo es la destrucción del Otro y cuando digo que la histérica va a buscar su deseo en el deseo del Otro. Cuando digo que la histérica va a buscar su deseo en el deseo del Otro, se trata del deseo que ella atribuye al Otro. Cuando digo que el obsesivo hace pasar su deseo por delante de todo, quiere decir que va a buscarlo más allá, poniendo la mira en él, propiamente, en su constitución de deseo, es decir, en la medida en que, en cuanto tal, destruye al Otro. Aquí está el secreto de la contradicción profunda que hay entre el obsesivo y su deseo. Enfocado de esta forma, el deseo lleva en sí mismo esta contradicción interna que constituye el callejón sin salida del deseo del obsesivo y que los autores tratan de traducir hablando de esos perpetuos vaivenes instantáneos entre introyección y proyección.

Debo decir que es algo extremadamente difícil de representarse, sobre todo cuando se nos ha indicado suficientemente, como hace el autor mencionado en determinados lugares, hasta qué punto el mecanismo de introyección y el de proyección carecen de relación. Yo se lo he articulado a ustedes con mucha más fuerza que este autor, pero de todas formas han de partir de esto, a saber, que el mecanismo de proyección es imaginario y el mecanismo de introyección es simbólico. No tienen absolutamente ninguna relación.

Por el contrario, pueden ustedes concebir, y comprobarlo en la experiencia a condición de estar atentos, que el obsesivo está habitado por deseos que, si meten ustedes la mano, verán proliferar como una extraordinaria plaga. Si dirigen ustedes el cultivo de la neurosis obsesiva en la dirección del fantasma — basta con muy poco, basta con tener los elementos de su transferencia, la de ustedes, esos de los que he hablado antes —, verán proliferar esa plaga casi en cualquier sitio. Por eso no dura mucho, el cultivo de la neurosis obsesiva.

Pero en fin, para ver lo esencial, ¿qué ocurre cuando el obsesivo, de vez en cuando, reuniendo todo su coraje, se pone a tratar de franquear la barrera de la demanda, es decir, parte en busca del objeto de su deseo? En primer lugar, no lo encuentra fácilmente. Con todo, hay bastantes cosas que ya conoce y que pueden servirle de apoyo, aunque sea la cajita. Está claro

que en este camino es donde le acontecen los accidentes más extraordinarios, que tratará de justificar de distintas formas con la intervención del superyó y de mil otras funciones que, por supuesto, existen. Pero mucho más radicalmente que todo esto, el obsesivo, en tanto que su movimiento fundamental se dirige hacia el deseo en cuanto tal y, ante todo, en su constitución de deseo, se ve llevado a apuntar a lo que nosotros llamamos la destrucción del Otro.

Ahora bien, es propio del deseo necesitar el apoyo del Otro. El deseo del Otro no es una vía de acceso al deseo del sujeto, es el lugar del deseo, sin más, y en el obsesivo todo movimiento hacia su deseo tropieza con una barrera absolutamente tangible, por así decirlo, en el movimiento de su libido. En la psicología de un obsesivo, cuanto más desempeña algo el papel del objeto, aunque sea momentáneo, del deseo, más se manifiesta la ley de aproximación del sujeto con respecto a este objeto, literalmente en una bajada de tensión libidinal. Hasta tal punto que cuando lo tiene, este objeto de su deseo, para él ya no existe nada más. Es absolutamente observable y trataré de demostrárselo mediante ejemplos.

Así, para el obsesivo todo el problema es encontrarle un soporte a este deseo — que para él condiciona la destrucción del Otro, con la cual el propio deseo desaparece. Aquí no hay Otro con mayúscula. No digo que el Otro con mayúscula no exista para el obsesivo, digo que cuando se trata de su deseo no lo hay, y por esta razón busca lo único que, en ausencia de este punto de referencia, puede mantener en su sitio dicho deseo. Todo el problema del obsesivo es encontrarle a su deseo lo único que puede darle una apariencia de punto de apoyo, lo correspondiente a aquel punto que la histérica, por su parte, gracias a sus identificaciones, ocupa con tanta facilidad, a saber, lo que está frente a *d*, la fórmula  $\mathcal{S}$  con respecto a *a* minúscula.

La histérica encuentra el punto de apoyo de su deseo en la identificación con el otro imaginario. Lo que ocupa este lugar y su función en el obsesivo es un objeto que siempre — bajo una forma sin duda velada pero identificable — se puede reducir al significativo falo.

Con esto terminaré hoy. A continuación verán las consecuencias que ello tiene en lo referente al comportamiento del obsesivo respecto a este objeto y también respecto al otro con minúscula. La próxima vez les mostraré cómo de esto se deduce cierto número de verdades mucho más corrientes, por ejemplo que el sujeto sólo puede centrar verdaderamente su deseo oponiéndose a lo que llamaremos una virilidad absoluta. Y, por otro lado, en la

## LA DIALÉCTICA DEL DESEO Y DE LA DEMANDA

medida en que ha de mostrar su deseo, pues para él ésta es la exigencia esencial; sólo puede mostrarlo en otra parte, allí donde tiene que superar la proeza.

El aspecto de hazaña de toda la actividad del obsesivo encuentra aquí sus razones y sus motivos.

14 DE MAYO DE 1958